

JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

7 de febrero de 2010



APUNTES PARA HOMILÍA

Ciclo C

A ver, una prueba. ¿Cuántos de ustedes pueden terminar estas líneas de canciones que escuchamos en la radio o la televisión? “Solamente una vez...”; o “Que si me muero...”; o “De colores...”. Estas canciones se nos pegan a la memoria porque algo hay en ellas que toca nuestra estructura psicológica. Una vez que las oímos, se nos aferran a la mente de tal modo que no las podemos sacar de allí –especialmente durante el resto de la homilía, o hasta el resto de la misa. Los autores de estas canciones nos han atrapado en sus redes musicales.

Al igual que estas canciones, la comunidad católica también tiene sus cantos inspiradores con tonadas que se nos pegan a la memoria. Una de ellas es “Pescador de Hombres/de Almas” con su estribillo: *Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre. En la arena he dejado mi barca, junto a ti, buscaré otro mar.*

¿Nos atraen estos versos tanto como los de los cantos populares? ¿Se nos han grabado igualmente en la memoria? ¿Nos han atrapado para siempre en la red del llamado de Dios? ¿O tal vez los hemos echado a un lado, pensando que esas palabras solo se aplican a los que han sido llamados a una vida consagrada? Tal vez nos imaginamos que solamente los que son muy santos, como Isaías, Pablo, Pedro, Rut, Ester o Judit, o Marta y María de Betania, pueden ser llamados a “pescar hombres/almas.”

Pero adivinen qué. Estos personajes de la Biblia y muchos santos y los hombres y mujeres llamados a vivir la vida consagrada no son los únicos llamados. Isaías, Pablo y Pedro son la prueba de eso. Eran personas ordinarias como nosotros con fallas y pecados. Se sentían indignos de servir. Sin embargo, igual que la gente que se acercaba a Jesús en el Evangelio de hoy, el incesante canto de la llamada de Dios los impulsó a cambiar y a seguir a Cristo.

A estos hombres y mujeres el llamado les llegó cuando se dieron cuenta de la gloria y la presencia del Señor en sus vidas. [¿En qué aspectos de nuestras vidas vemos esa gloria y esa presencia?] Una vez que vieron esa gloria y esa presencia manifestarse en sus vidas, se les abrió la mente, y se les transformó el corazón. Su indignidad se transformó en humildad. Cada uno de ellos pudo decir, con confianza: “Envíame. Anunciaré tu mensaje. Te seguiré”. Habían adquirido una total confianza y dependencia en ese Dios que les daría la gracia que necesitaran

para sobreponerse a las deficiencias que hubiera en sus vidas. Por eso es que San Pablo dice, en la lectura de hoy, “Porque yo perseguí a la Iglesia de Dios y por eso soy el último de los apóstoles e indigno de llamarme apóstol. Sin embargo, por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí”. (versículos 9-10)

Dios siempre nos llama como somos y donde estamos. La tonada de su llamado ha estado sonando en nosotros desde que comenzamos a existir. Debería ser ya una tonada familiar, que nos llama a *todos* a una vocación de servir a Dios según somos: como personas de cierta edad, de cierto estado de salud, de cierto estado de vida.

Por lo tanto, ¡todos somos dignos de servirle! ¡Todos somos capaces de alcanzar la santidad! Tenemos que sacar de nuestra mente las tonadas malas que nos dicen que somos indignos e incapaces. Solo entonces comenzamos a abrirnos al llamado de Dios. Nos comenzamos a dar cuenta de que Dios nos llama a todos a ser santos –un llamado que se proclama en la Sagrada Escritura (por ejemplo, en Levítico 19:2 y en Mateo 5:48) y que la Iglesia ha proclamado en nuestra época en el documento *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II.

San Francisco de Sales pensaba que los cristianos comunes y corrientes estaban confundidos acerca de lo que significa la palabra “santidad”. Y se pasaba recordándole a la gente que el llamado a la santidad surge de nuestra naturaleza humana, porque ésta ha sido creada a la imagen y semejanza de Dios. Decía que cuando uno se esfuerza por ser santo, tiene que tener una gran paciencia con sus propias faltas e imperfecciones. Y que la santidad nos viene de la manera común y corriente en que vivimos la vida cristiana, y no de acciones extraordinarias que uno haga. Del mismo modo Santa Juana Francisca de Chantal decía que “uno no siempre le puede ofrecer a Dios grandes cosas, pero siempre le puede ofrecer cosas pequeñas –con gran amor”. En dos palabras, la santidad se alcanza por la manera en que amamos a Dios y al prójimo.

Y así, cuando pensamos en las muchas maneras en que Dios nos llama a amar en situaciones ordinarias, pero a hacerlo extraordinariamente bien, no olvidemos tampoco a esos hermanos y hermanas nuestros que han sido llamados por Dios a servirle como religiosos consagrados, y que han respondido a ese llamado. Por toda la tierra, este día y esta misa están dedicados a ellos. En esta *Jornada Mundial de la Vida Consagrada*, pedimos a Dios que bendiga la vida de los que se han consagrado a Él con la gracia de un amor cada vez más total. ¡Que su vida nos inspire a escuchar el llamado que Dios nos hace! ¡Que la música de esta canción siga sonando en nuestro corazón, y lo transforme para que podamos decir con toda el alma:

¡Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre. En la arena he dejado mi barca, junto a ti, buscaré otro mar!

